



EL DESAFÍO DE LA HUMANIDAD

Ana Jiménez Oñate

EL DESAFÍO DE LA
HUMANIDAD



Primera edición: febrero de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Jiménez Oñate

ISBN: 978-84-19748-06-5

ISBN digital: 978-84-19748-07-2

Depósito legal: M-5342-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi familia, porque necesitaría mil vidas para
demostraros lo mucho que os quiero.*

CAPÍTULO 1

Ainhoa

Al despertarse, Ainhoa se queda mirando a su alrededor desconcertada, se encuentra a oscuras, por lo que alarga el brazo por encima de la cabeza tratando de buscar la lámpara, pero en su lugar se encuentra con lo que parecen ser muñecos, entonces lo recuerda, no está en su cuarto, sino en el de su hermano Axel.

Anoche soñó con él, o más bien tuvo una pesadilla con él; al principio era un sueño muy bonito, estaban los dos en una playa preciosa y soleada sentados en la orilla, rodeados de palmeras y de arena blanca mientras cogían tierra húmeda para hacer un castillo de arena escuchando el sonido de las olas del mar de fondo, hasta que de pronto, el cielo azulado y soleado se fue volviendo cada vez más y más oscuro, los pájaros dejaron de cantar y el agua del mar se fue volviendo negra. Miró a su hermano y trató de agarrarlo de la mano para sacarlo de ahí corriendo, pero por más que trataba de cogerla, su mano traspasaba la suya, hasta que comenzó a desvanecerse la mano de Axel y poco a poco el resto de su cuerpo. Se levantó alterada en su cuarto y se fue al de su hermano, llevada por la necesidad de sentirse más cerca de él y quedándose dormida horas después mientras abrazaba al que era su peluchito favorito.

Se sienta en la cama y enciende la lamparita con forma de perrito mientras se restriega los ojos y simplemente se queda ahí sentada, mirando cada rincón del que era su cuarto. Ya había pasado

un año desde que se fue y sus padres aún eran incapaces de quitar sus cosas; una vez los escuchó como decían que podrían donar sus cosas al orfanato donde trabaja su tía, pero hacía meses de esa conversación y aún no habían quitado ni un solo juguete y Ainhoa no les culpaba, aunque fuera algo de lo que no hablaran, ese es el sitio donde van todos cuando necesitan sentirse cerca de él. Los primeros meses tras el accidente, su madre era incapaz de salir de él, pero poco a poco las cosas fueron mejorando, todos hacían un esfuerzo por estar bien, sus padres hacían un esfuerzo sobrehumano para que ella los viera bien y ella para que ellos la vieran bien, puede que fuera la necesidad de que los demás estuvieran bien lo que les dio la fuerza para seguir hacia delante, o al menos para intentarlo.

Ya harta de estar tumbada en la cama, decide levantarse, mira el reloj y ve que son las cinco y media de la mañana; aún es muy temprano, pero siente la necesidad de salir de la casa, no le basta con salir del cuarto rodeado de sus cosas, cada una vinculada a un recuerdo que le presiona el pecho, necesita salir y correr lejos de allí, lo más lejos que le lleven las piernas, así que se dirige hacia su cuarto, se pone la primera ropa que ve y sus zapatillas favoritas, que se encuentran esparcidas por el suelo. Antes de salir de su cuarto, vuelve a entrar a él para coger las llaves y se queda mirando el móvil pensando en si cogerlo o no, su primer impulso es no hacerlo, ya que lo que de verdad quiere es desconectarse y desaparecer del mundo, pero se los piensa dos veces por sus padres, se preocuparán cuando se despierten y vean que no está en casa, de modo que lo coge, le escribe un mensaje a su madre diciéndole que ha salido a correr y se lo guarda en el bolsillo por si acaso.

A sus padres no les extrañará que salga a correr tan temprano, es un hábito que había cogido con sus amigas desde que comenzaron a hacerlo un verano hace un par de años, sus amigas dejaron de hacerlo una vez que comenzaron las clases, pero ella había seguido haciéndolo de vez en cuando, puede que no tanto por el hecho de hacer ejercicio, sino por cómo se sentía al hacerlo, le gusta la

sensación de correr, de sentir el aire fresco en la cara y, sobre todo, le gustaba hacerlo temprano mientras el resto dormía, disfrutando así de la tranquilidad del silencio, sentir la privacidad de que no haya casi nadie, estar sin el sonido de la gente ni de los coches, ponerse los cascos escuchando su música favorita en el MP3 y evadirse del mundo, nadando entre sus propios pensamientos.

Hoy, en cambio, no va corriendo despacio como de costumbre, sino que corría y corría cada vez más y más rápido, desahogando en ello todo lo que siente, pisando todos los charcos que se encuentra por el camino debido al chaparrón que cayó anoche, va tan rápido que no se da cuenta de que hay un perro callejero en el camino hasta que está a punto de pisarlo, se para de golpe y el perro sale huyendo asustado. Tras eso, se sienta en un banco que tiene al lado, ya que hasta que no ha parado no ha sido consciente de lo cansada que está y de lo rápido que le va el corazón. Una vez sentada, se fija en que ha comenzado a salir el sol, creando una estampa preciosa en el cielo con tonos anaranjados y rosados, va notando como poco a poco se va relajando mientras lo contempla. Hasta que, de pronto, escucha una música que la sobresalta saliendo del bolsillo del pantalón, coge el móvil y ve que se trata de la alarma que había puesto antes de irse a dormir para despertarse e ir a su primer día de clase tras las vacaciones; por suerte y sin saber muy bien cómo, no se encontraba muy lejos de casa, así que se levanta rápido y se va corriendo, con la esperanza de que le dé tiempo a ducharse y a arreglarse antes de que llegue su mejor amiga a buscarla.

Olivia

Olivia se despierta cuando siente que le están cayendo gotitas en la cara, se las restriega para limpiarlas y mira al techo, al parecer hay una nueva gotera, mira a su lado y ahí se encuentra Eric, dormido como un tronco con su pelo rubio alborotado y las gafas a un lado, se levanta y coloca un cubo bajo la gotera con cuidado para que no se despierte, aunque sabe que ya puede pasar un tor-

nado y llevárselo volando que a él le pillaría durmiendo. Tras eso, se sienta al lado del cubo y se queda mirando a su alrededor medio dormida, se encuentran en un lugar abandonado, algo alejado de un pueblo que encontraron hace un tiempo por casualidad. El techo está lleno de agujeros produciendo goteras y las paredes blancas están muy deterioradas, estando gran parte de ellas cubiertas de moho, pero a pesar de ello, no le parece un mal sitio, es más, hasta le gusta, lo siente como su hogar y siendo sinceros, es mucho mejor que otros sitios en los que han estado antes de terminar allí.

Coge la manta y la sacude, ya que está llena de migas. Ayer fue el cumpleaños de Olivia, siempre se ponía algo triste cuando llegaba ese día. Eric lo sabía, así que salió a buscar algo que pudiera animarla, al volver trajo una bolsa de magdalenas con pepitas de chocolate, las cuales eran su dulce favorito en el mundo entero y eso que a ella le encantaba todo lo dulce.

Cuando eran pequeños y Eric y ella vivían en un orfanato, en él había una profesora que les caía muy mal, siempre trataba mal a los niños, les gritaba, les hacía llorar y les ponía castigos muy crueles, como encerrarles en un armario oscuro y mohoso, y les amenazaba con que, si contaban algo a alguien, les dejaría encerrados allí toda la noche. Además, tenían la sospecha de que había llegado a pegar a algunos niños, aunque ninguno se atrevía a hablar y seguramente tampoco habría servido de mucho, ya que ella era de las mayores benefactoras del orfanato, cosa que jamás llegó a entender, se notaba que a ella no le gustaban los niños, de hecho los odiaba. Una vez esa profesora castigó a Eric en ese armario porque decía que le había mirado mal y que se tendría que tirar allí toda la tarde encerrado bajo llave, sin poder comer ni beber nada. En aquel entonces, ellos dos aún no eran muy amigos, lo cierto es que tampoco habían hablado mucho, pero ella no podía soportar imaginarle allí encerrado y ya estaba harta de cómo les trataba esa mujer, de forma que aprovechó un descuido para robarle la llave del bolsillo de la chaqueta mientras comía y se coló en la clase para rescatarle y sacarle de allí.

Antes de irse, le tiró al suelo todos los papeles y las carpetas que tenía sobre la mesa, además, cogió los cajones, los sacó de la mesa y desparramó todo lo que contenían por el suelo, entonces se dio cuenta de que se había caído al suelo una bolsa de magdalenas con pepitas de chocolate, la cogió, agarró a Eric de la mano y los dos salieron corriendo. Al principio, Eric estaba medio petrificado, incapaz de creer lo que acababa de hacer, pero después se unió a ella en su contagiosa risa y así corrieron los dos juntos por todo el orfanato, agarrados de la mano y riendo sin parar sumergidos en la euforia. Finalmente, se detuvieron en un rincón aislado y se comieron las magdalenas, o al menos parte de ellas, ya que la mayoría se las habían tirado el uno al otro jugando. Puede que fuera en ese momento cuando las magdalenas se convirtieron en su comida favorita, no tiene muy claro si fue a partir de ahí o si ya le gustaban de antes, lo que sí tiene claro es que, desde ese momento, se hizo inseparable de Eric y sin darse cuenta, aquel niño tan correcto y educado se fue convirtiendo en algo más que un amigo para ella, se convirtió en su familia y nunca más volvió a sentirse sola en aquel sitio. Sabía que se le caería el pelo cuando se supiera lo que había pasado y que le esperaba un duro castigo, pero le daba igual, porque en ese instante era verdaderamente feliz.

Al día siguiente, cuando llegó a clase, todo seguía igual a como lo había dejado el día anterior y sus compañeros susurraban entre ellos preguntándose qué habría pasado. Por la cara de sorpresa que puso la profesora al llegar, estaba claro que no había pisado la clase desde que encerró a Eric, lo que quiere decir que le habría dejado todo el día encerrado allí, ya fuera a propósito o por olvido; darse cuenta de ese hecho la enfureció más. Cuando a la profesora se le fue la sorpresa, apareció el enfado, tenía los ojos rojos llenos de rabia, dio un fuerte golpe a la mesa y preguntó, o más bien gritó, que quién había sido; tras un momento de silencio absoluto, volvió a gritar, diciendo que más le valía al responsable hablar o daría a toda la clase un castigo que no olvidarían en su vida. En ese momento, Olivia levantó la mano decidida, estaba muerta de miedo por

dentro, pero no iba a permitir que castigarán a toda la clase por su culpa, nunca la había visto tan enfadada y no sabía de lo que sería capaz de hacerles. En cuanto levantó la mano, la profesora se fue directa hacia ella, la agarró fuerte de la muñeca y la sacó de la clase casi arrastrándola, la agarraba tan fuerte que pensaba que le iba a romper la mano. La metió en la clase de al lado, alzó el brazo y la pegó fuerte en la cara, tras ese golpe vino otro y otro, ella trataba de detenerla, pero sus esfuerzos fueron en vano. No sabe cuántas veces le golpeó ni el tiempo que pasó, lo último que recuerda de ese momento fue que entraron dos señores y se le quedaron grabadas las caras de horror que transmitieron al ver la escena. Se despertó un rato después en la enfermería, la enfermera que estaba con ella le habló con voz tranquila mientras le acariciaba el pelo y le explicaba lo que había pasado. Le contó que uno de sus compañeros fue a ver qué pasaba y a ayudarla y que, al acercarse a la clase, escuchó los golpes y los gritos de dolor, con que fue corriendo al piso de abajo a buscar ayuda y que justo cuando entraron dos profesores, ella se desmayó, tuvieron que separar a la mujer de ella a la fuerza, ya que seguía histérica de la rabia y quería seguir golpeándola, aun estando inconsciente. Después supo que aquel niño que le había ayudado fue Eric, no volvieron a ver a esa profesora desde aquel día y nunca se llegó a saber qué fue de ella, aunque se imaginaba que habían llegado a alguna clase de trato por el cual ella dejaba el orfanato y no la denunciaban a cambio de que ella siguiera aportando dinero.

La noche anterior, cuando Eric trajo la bolsa de magdalenas, hicieron lo mismo que aquella vez, se las comieron sentados en el suelo, rieron y jugaron tirándose trocitos y huyendo el uno del otro.

Ainhoa

—¡Ainhoa, ya ha llegado Lidia a buscarte! —le grita su madre desde la planta de abajo.

—¡Ya voy!

Llevaba un tiempo tratando de quitarse las ojeras con maquillaje para que sus padres no se dieran cuenta, pero no logra que le quede bien, así que al final desiste, coge la mochila y baja las escaleras corriendo para no hacer esperar a su amiga. Nada más verla, ella le abraza como hacen siempre que se ven y se van juntas al coche de Lidia para ir a la universidad. Su amiga estudia Psicología y ella Derecho, aunque iba un curso por detrás, ya que tras el accidente comenzó a faltar mucho a clase y cuando iba, lo cierto es que apenas atendía, no paraba de darle vueltas a la cabeza, así que, para evitar pensar y poder relajarse, se ponía a dibujar o a escribir; gracias a ello, descubrió una nueva faceta, la de escribir poemas, pero también debido a eso suspendió casi todo. Hoy volvían a clase tras el verano y lo cierto es que en parte tenía ganas de empezar, al menos las clases le servían para distraerse y hacer más ameno el día, este año iba con la intención de esforzarse para recuperar el tiempo que había perdido el curso pasado, pero sobre todo tenía ganas de volver para estar con sus amigos, o al menos con los que iban a esa misma universidad. Su momento favorito era cuando iban todos juntos de camino en el coche con la música a tope, ese era el mejor chute de energía para comenzar el día y aunque ahora quisiera tranquilidad, puede que lo que de verdad necesitara fuera todo lo contrario.

—Veo que el maquillaje sigue sin ser lo tuyo —le dice Lidia sonriendo mientras la mira parada en un semáforo en rojo. Eso hace que deje de estar perdida en sus pensamientos y sonría.

—La verdad es que sí y más cuando tu cara parece la de un oso panda —responde ella causando que su amiga se ría.

—Bueno, tranquila, ya está aquí tu amiga, la experta maquilladora al rescate. Esta tarde te maquillo yo.

—¿Esta tarde? —pregunta Ainhoa sorprendida.

—Claro, ¿no has leído el grupo? Hay una fiesta hoy en la casa de un amigo de Sara para celebrar su cumpleaños, aunque creo que en realidad lo que pasa es que se lo quiere ligar, tendrías que ver la

cara que pone cuando habla de él, se pone súper adorable con la carita roja; por lo que he oído de él, parece un buen chico, Diego creo que se llama. El caso es que le dijo que podía invitarnos y así, cuantas más personas vayan, mejor, y también es lo mejor para ella, así no estará sola porque seguro que estará muerta de nervios —le dice su amiga mientras aparca enfrente de la casa del siguiente amigo al que tienen que recoger, Miguel.

—No sé... —dice Ainhoa bajando la cabeza seria, sí que es cierto que piensa que necesita salir de casa y distraerse, pero no sabe si está preparada para ir de fiesta, ni de si tiene ganas para ello. Tiene miedo de que le entre el bajón y estropearles la fiesta a sus amigos, ellos ya tienen sus propios problemas y se merecen pasarlo bien.

—Ey, no es malo salir un día de fiesta y despejarse, además, lo necesitas, todos estamos preocupados por ti y queremos volver a verte sonreír como antes, aunque tengamos que sacarte la sonrisa a palazos —le dice Lidia con voz suave mientras la agarra de la mano.

—Es que no sé, igual no estoy muy de ánimos y no quiero estropearos la fiesta ni que estéis preocupados por mí —le responde ella aún con la cabeza agachada sin mirarle a los ojos, entonces su amiga le pone la mano en la barbilla y le sube la cabeza para que le mire a los ojos.

—Escúchame bien y que se te quede bien grabado en esa cabeza hueca, los amigos están tanto para las buenas como para las malas, nosotros te queremos infinito y por nada en el mundo vamos a permitir que te derrumbes. Estás loca si piensas que por estar triste nos vas a amargar la fiesta y que ya por eso vamos a estar mal, al revés, cuanto peor estés tú, mejor tenemos que estar nosotros y más tenemos que luchar por hacerte reír; cuanto más de bajón estés, más tonterías haremos de las nuestras para hacerte sonreír, aunque tengamos que remar contracorriente frente a un grupo de tiburones, porque eso es la amistad, cuando uno deja de remar, el otro tiene que hacerlo más fuerte para impedir que

el barco se hunda y nosotros no vamos a permitir que te hundas, Ainhoa, eso tenlo claro. Así que hoy te vienes a comer a mi casa, cuando termine las clases te llevaré a casa para que cojas tus cosas mientras yo compro algunas cosas que me ha encargado mi madre y después de comer nos arreglaremos juntas, por lo que tengo entendido, la fiesta comenzará sobre las 18:30 o 19:00, además, como te he dicho antes, te maquillaré yo, no queremos que mi leona vaya con cara de panda —tras decirle eso, Ainhoa no puede contenerse y se lanza a sus brazos llorando.

—Gracias, de verdad, por todo.

—Sabes que no tienes que darlas, boba. ¿Y este hombre dónde se ha metido? Al final vamos a llegar tarde y aún tenemos que recoger a Sara —tras decir eso, Lidia aprieta la bocina y Miguel, que justo acababa de llegar, se asusta y pega un brinco; al verlo, las dos se comienzan a reír sin parar.

CAPÍTULO 2

Eric

Al despertarse, Eric lo primero que hace es ponerse las gafas y mirar a su izquierda, donde se encuentra Olivia perdida en sus pensamientos; mete la mano en el cubo y le salpica la cara con gotitas.

—¡Oye! —le grita ella poniendo cara de enfado y Eric se ríe mientras se incorpora para quedarse sentado también. Nada más sentarse, siente un dolor en el culo por el golpe que se dio anoche mientras corría huyendo de Olivia porque le quería dar con un trozo de magdalena, resbaló con el suelo encharcado y cayó de culo, Olivia casi se cae al suelo del ataque de risa que le entró y hoy no le cabe duda de que le ha salido un moratón en esa zona, pero por nada en el mundo se lo dirá a ella o se volvería a reír de él. La verdad es que mereció la pena coger esas magdalenas porque se lo pasaron muy bien y a Olivia le hizo mucha ilusión, aunque lo cierto es que se la había jugado mucho para conseguirlas.

Ayer fue su cumpleaños y él quería regalarle algo que la animara, así que fue al pueblo a ver si encontraba algo, pero con el poco dinero que le quedaba no le llegaba para nada que mereciera la pena y que supiera que le haría ilusión, además, tenía que reservárselo para poder comprar comida. Ya cuando iba a salir de la última tienda a la que entró, le llamó la atención una bolsa de magdalenas que vio y le hizo recordar aquel día, sabía que a ella le encantaría y necesitaba algo que la animara, ella siempre había sido la fuerte

de los dos y siempre ella le había animado y mantenido en pie, por una vez le tocaba a él hacerlo y sabía que con aquella bolsa lo lograría. Miró donde estaba la caja y vio que no había nadie, estaba la tienda vacía, era su oportunidad para hacerlo, pero jamás había hecho algo así y le entró el cargo de conciencia, habían podido pasar mucha hambre, pero jamás habían robado. Entonces escuchó los pasos de alguien que venía y supo que, si quería hacerlo, tenía que ser ya, así que se armó de valor pensando en la cara que pondría ella al verlas, cogió la bolsa y se dirigió hacia la puerta.

—Creo que se te olvida pagarme eso —le dijo la voz de un hombre a su espalda cuando estaba a punto de pasar por la puerta, entonces Eric se quedó paralizado por la impresión.

—Lo... Lo siento —dijo Eric tendiendo el brazo para devolver la bolsa, la cual el hombre mayor cogió al momento.

—¿Por qué ibas a hacerlo?, no pareces el típico chico que suele entrar para robar —le dijo el hombre mientras le miraba a los ojos y le analizaba la cara.

—¿Cómo sabe que no? —le preguntó Eric tratando de responder a la defensiva, aunque se le quebró la voz.

—Pues porque te tiembla todo el cuerpo como si te hubieras metido en el agua del polo norte, además, eso no responde a mi pregunta —dijo el señor de forma inquisitiva.

—Eran para una amiga, hoy es su cumpleaños —le respondió Eric con ganas de marcharse ya de allí.

—Ya veo, una amiga, ¿eh...? ¿Qué es, tu novia y la querías impresionar haciendo eso? —le preguntó el hombre serio, aunque con un toque de humor en los ojos.

—No, más bien es como mi hermana, bueno, no es como mi hermana, es mi hermana, aunque no compartamos sangre, ella es mi familia, y si he robado la bolsa es porque no puedo pagarla y quería darle una sorpresa, no para impresionar a nadie —le dijo Eric molesto por la acusación.

Tras eso, le siguió haciendo preguntas como de dónde venían, dónde viven, qué edad tienen, cómo se llaman... Eric no sabía a

qué venían esas preguntas, pero aun así le respondió que venían de un orfanato del que salieron hace un par de años, bueno, para ser exactos, a Eric le echaron una vez que cumplió los 18 años y Olivia, que aún era menor en ese momento, se escapó y se fue con él porque no querían separarse, aunque tampoco cree que la buscaran mucho, ya que ella estaba cerca de cumplir la mayoría de edad, y conociéndola seguramente todos asumieron que no le dejaría irse solo y que sabrían que no podían hacer nada para detenerla. Además, le dijo que actualmente él tenía 20 años y que Olivia cumplía ese día los 19, aunque no llegó a responder a la pregunta de dónde viven.

—Ya veo, ¿sabes qué, chico? A pesar de la forma en la que nos hemos conocido, me caes bien y por lo que me has contado, creo que tu amiga o hermana, lo que sea, también me caerá bien, así que te propongo una cosa, que trabajéis aquí los dos para mí. Pasaros los dos juntos mañana por la tarde y os explicaré a los dos juntos en qué consistirá el trabajo, así no tendré que explicarlo dos veces y os hablaré del horario que seguiréis.

—¿Lo dice en serio o es una broma? —preguntó Eric sorprendido incapaz de creérselo.

—Lo digo totalmente en serio, por cierto, mi nombre es Juan —dijo él sonriendo y tras eso le tiró la bolsa de magdalenas—. Considéralo un adelanto, os veo mañana las 18:00, sed puntuales —dicho eso, se giró y se metió en la tienda a atender a un cliente antes de que él pudiera decir nada.

Cuando llegó al sitio que habían convertido en su casa y Olivia vio la bolsa, se puso muy contenta y empezó a dar gritos y a saltar dándole las gracias y abrazándole, y más aún con la noticia que traía del nuevo trabajo para ambos. Olivia le llenó de preguntas sobre qué había pasado, cómo había conseguido la bolsa y los trabajos, así que no le quedó otra que contarle la historia entera. Tras finalizar, Olivia sonrió y le dijo que esta vez había sido a él a quien le había tocado robar la bolsa de magdalenas y que definitivamente esa era su comida favorita.

Ainhoa

Al llegar a casa se dirige directa hacia su cuarto para buscar qué ropa ponerse, abre el armario y piensa en qué debería llevarse, entonces ve los pantalones vaqueros cortos negros que se compró una vez cuando fue de compras con su madre y que aún no había estrenado, coge también una camiseta blanca de tirantes y su chaqueta roja favorita, no quería darle muchas vueltas a qué ponerse como le pasaba siempre, cogía un montón de opciones, se probaba todas y al final se quedaba con la primera que se había probado. Era una indecisa innata y su padre siempre se reía de ella por ello. Antes de que pueda arrepentirse, coge la ropa y la mete en la mochila, piensa en si debería coger unos botines, pero decide ir con las zapatillas que lleva puestas en ese momento, así irá más cómoda. Se plantea si debería coger algo más y se dirige hacia el tocador, no cree que necesite nada más, ya que Lidia tiene de todo y desde luego tiene mucho más maquillaje que ella, así que simplemente coge unas horquillas negras con florecitas por si acaso las necesita para algún peinado.

Mientras las está cogiendo, escucha a alguien tocando la puerta, se gira y ve que es su madre.

—Hola, mamá, me han invitado esta tarde a una fiesta y me ha dicho Lidia que vaya a su casa a arreglarme y a comer juntas —le dice Ainhoa a su madre un poco preocupada de que le parezca mal, pero ella le sonríe, se acerca a ella y le coloca el pelo tras la oreja.

—Me parece muy bien, pásatelo genial, ten cuidado y trata de no volver muy tarde a casa, que mañana tienes clase —le dice su madre mientras le acaricia la cara, entonces, ya más de cerca, se da cuenta de que tiene los ojos rojos.

—¿Estás bien, mamá? Si lo prefieres puedo quedarme aquí contigo cenando *pizza* y viendo una peli como hacíamos antes —le pregunta Ainhoa preocupada.

—No, tranquila, estoy bien y quiero que salgas y disfrutes como te mereces, bastante has pasado ya, yo solo quiero que estés bien

y no te preocupes por nada, todo va bien, mi vida, te quiero muchísimo —dicho eso, le da un beso en la frente y se marcha de su cuarto, aunque Ainhoa se da cuenta de que se ha ido corriendo para que no la vea llorar.

Su madre es la que peor lo está llevando de todos, cuando ocurrió lo de su hermano cayó enferma de depresión, no se levantaba de la cama y prácticamente tenían que obligarla a comer, por ello perdió muchísimo peso. Poco a poco, las cosas fueron a mejor, aunque cada dos por tres le entraban ataques de depresión y ansiedad, ella sabe que de verdad hacía un esfuerzo sobrehumano para estar bien y para que ella no la viera mal, de verdad que luchaba por ello, pero no había vuelto a ser la que era. Antes no paraba quieta, cuando no estaba trabajando, estaba haciendo planes con sus amigas o con su familia, los únicos momentos del día en el que estaba quieta era cuando se sentaba en su sillón favorito para leer. Pero ahora no salía para nada, ni para trabajar, ya que aún le duraba la baja por depresión; cuando no estaba tumbada en la cama, estaba por la casa dando vueltas y estaba segura de que, cuando no había nadie en casa, se pasaba todo el día metida en el cuarto de Axel; ya no leía, simplemente fingía que lo hacía y se quedaba contemplando el libro con la mirada perdida. Su padre y ella intentaban e intentaban que hiciera planes, pero siempre ponía alguna excusa o se la veía sin fuerzas. Poco a poco, su madre iba a mejor y cada vez pasaba menos tiempo metida en la cama, pero tenía mucho miedo de que volviera al estado del inicio y terminara perdiéndola.

Nota un dolor en la mano y se da cuenta de que se ha estado clavando las horquillas de lo fuerte que apretaba la mano. Coge lo primero que encuentra, lo cual se trata de un cuadro con una fotografía de los cuatro juntos en un parque y levanta el brazo con la intención de tirarlo contra el suelo con todas sus fuerzas, pero en el último segundo se detiene cuando se da cuenta de lo que está a punto de romper y lo vuelve a dejar en su sitio. Escucha que ha recibido un mensaje en el móvil y al desbloquearlo ve que es un mensaje de su amiga Lidia diciéndole que ya ha terminado y que

se encuentra frente a su casa, de modo que coge las horquillas, las mete en la mochila, se lava la cara llena de lágrimas y baja.

Seguramente su amiga se haya dado cuenta al verla de que ha estado llorando, pero no dice nada al respecto y se pone a hablarla de varios temas para distraerla; poco a poco, Ainhoa se va calmando y va sumergiéndose en la divertida conversación con su amiga. Cuando llegan a la casa de Lidia, comen macarrones mientras ven *The Big Bang Theory* y tras finalizar se van al cuarto, donde ven unos cuantos vídeos mientras se pintan las uñas y charlan de sus cosas. Además hablan con Sara por videollamada para calmarla porque está muy nerviosa, ahí les confiesa que lo cierto es que puede que le guste un poquito Diego, eso hace que las dos se rían y que Lidia le pregunte si solo un poquito, causando que Sara se ponga más roja aún. Al final, mientras hablan las tres amigas, se les pasa el tiempo volando y les toca arreglarse corriendo, se visten rápido y después de arreglarse, Lidia se encarga de pintar a su amiga y de hacerle un sencillo peinado con las horquillas que había traído.

—Creo que se puede confirmar que tengo un don, te he resaltado esos ojos color miel tan bonitos que tienes y además, con ese pelo largo, negro y ondulado tan bonito que tienes, vas a ser la envidia de la fiesta —le dice su amiga mientras busca en sus pinturas, haciendo que Ainhoa se ría.

—Buff... Entonces va a ser verdad que eres una artista —le responde Ainhoa riendo, aunque eso hace que su amiga se ponga seria. Entonces le coge la cara y se la gira hacia al espejo.

—Yo seré una artista, pero tan solo porque tú eres una obra de arte, créetelo porque eres un pibón —le dice Lidia mientras se reflejan las dos en el espejo y se sonríen.

—Será gracias a pasar tanto tiempo contigo, me lo has terminado pegando —dice Ainhoa sonriendo.

—Sí, tienes razón, será por eso —le dice su amiga mientras finge una cara pensativa. Eso hace que Ainhoa le tire un cojín a la cara.

—¡Eh! Que me vas a quitar el maquillaje, por cierto, no te pienso dejar que vayas en deportivas, voy a ver si mi madre nos deja

unos botines —dicho eso, sale corriendo por la puerta antes de que Ainhoa pueda quejarse, entonces se levanta y se pone a mirar qué pintalabios ponerse, decantándose por un brillo de labios rosa. Cuando está a punto de echárselo, comienza a notar como la cabeza le da vueltas y se le nubla la vista, se dirige a la silla para sentarse, pero no le da tiempo, ya que de pronto se desploma en el suelo.

Olivia

Cuando llegan a la tienda, los dos están algo nerviosos, aunque Eric controla los nervios peor que ella.

—No irás a potar, ¿no? —le dice Olivia con una sonrisa burlesca mientras Eric le mira con cara asesina.

Justo después, Olivia se da cuenta de que un señor mayor les está observando desde el mostrador indicándoles que pasen. La primera impresión que le da es la de un hombre muy serio y mayor y se pregunta si no chocará con él, mira a Eric y sabe lo mucho que él quiere ese trabajo, así que se mete presión a ella misma sabiendo que no puede fastidiarla (bueno, concretamente piensa que más le vale no cagarla o Eric le meterá un gato bajo la manta mientras duerme, cabe destacar que odia los gatos desde que le arañó uno de pequeña por tirarle de la cola).

—Hola, tú debes de ser Olivia, mi nombre es Juan —le dice el señor mientras le ofrece la mano y ella se la estrecha.

—Hola, encantada. Muchas gracias por el trabajo, le aseguramos que no se arrepentirá —dice Olivia tratando de parecer educada, aunque no es que esté muy acostumbrada a serlo.

—Eso espero, desde luego al menos has tenido mejor entrada que este. Por cierto, feliz cumpleaños —le responde Juan sonriendo por primera vez y haciendo que Eric se quede serio ante esa respuesta.

—Muchas gracias y gracias por las magdalenas —le dice Olivia tratando de no saltar ante el comentario que ha sentado mal a su amigo.

—No las des, al fin y al cabo, las vais a pagar vosotros, como le dije a Eric, eso tan solo eran un adelanto, ya me lo pagaréis con vuestro primer sueldo —les dice el señor mirando en esta ocasión a Eric.

—Por supuesto —responde este hablando por primera vez desde que entraron.

—Más te vale, no queremos que seas un ladronzuelo, además, te faltan arrestos para serlo. Y tú, por lo que tengo entendido, acabas de cumplir 19, aunque aparentas unos 16 años, eres debilucha y no sé si podrás con las mercancías, al igual que tu amigo.

Eso hace enfurecer a Olivia, no le ofende lo que le ha dicho en sí, en parte porque ya está acostumbrada a que se lo digan y lo cierto es que le da igual, lo que le enfada es la forma en la que les habla y en cómo hace sentir a Eric con ese tono de condescendencia y sus constantes pullas dirigidas a lo ocurrido el día anterior, lo cual sabe que es un tema que avergüenza a Eric, de forma que no puede contenerse y termina explotando.

—Bueno, mejor aparentar tres años menos que veinte más —dice enfadada provocando que Eric le dé un codazo para que pare, pero ella no se detiene y sigue hablando—. Eric tiene cualidades que tú jamás comprenderás porque ni te acercas a ellas y el hecho de que se avergüence de lo de ayer como lo hace es una pequeña muestra de ello, aunque entiendo que tu cabeza hueca no sea capaz de procesarlo y tan solo seas capaz de lanzar pullitas y burlarte de él. Y en cuanto a nuestra fuerza, no la subestimes porque no tienes ni idea de lo que somos capaces —dicho esto, Eric se queda petrificado y el hombre comienza a reírse.

—Vaya con la pequeñaja, definitivamente me caes bien, tienes carácter y valentía, no dejas que te pisoteen y mucho menos que se lo hagan a los tuyos y eso me gusta, me recuerdas a mí, a tu edad era un cabra loca que no paraba de hacer trastadas allí por donde pasaba y que siempre se metía en peleas por defender a los suyos. Definitivamente, el trabajo es vuestro.

—Muchas gracias —responde Eric ya menos pálido aunque sorprendido.

—No hay por qué darlas, lo cierto es que me he quedado con ganas de conoceros mejor y de conocer vuestra historia, esto es un pueblo pequeño, está todo ya muy visto y todos ya muy conocidos, vuestra llegada aquí aporta una nueva chispa y, además, algo me dice que sois personas interesantes con una buena historia que contar. Voy al almacén a traerlos los delantales y unas cuantas cosas más, a la vuelta os hablaré del tema de los horarios, de los salarios y demás —una vez dicho eso, el señor se dirige hacia el almacén dejándolos a los dos solos.

—¿Estás enfadado? —le pregunta Olivia a su amigo preocupada y él suelta un largo suspiro.

—Lo cierto es que no, al final todo ha salido bien, además, no puedo enfadarme porque me defiendas; por cierto, gracias por hacerlo y no solo hoy, gracias por hacerlo siempre —le dice Eric mirando a los ojos a Olivia, lo cual la sorprende, ya que pensaba que se habría enfadado y que la regañaría.

—No tienes que darlas, para eso está la familia, nos defendemos el uno al otro como hemos hecho siempre —le responde Olivia sonriendo y contenta de que no le haya molestado.

—Así es, aunque lo cierto es que me arrepiento un poco de no haber saltado yo, tengo que comenzar a tener menos miedo de todo y a ser más valiente como tú —le dice Eric serio causando que nuevamente Olivia se quede sorprendida, está a punto de responderle que no tiene nada de qué avergonzarse, que él es mucho más valiente que ella en otros aspectos y que si se quiere proponer eso, está segura de que lo logrará porque él es capaz de todo. Pero no llega a hacerlo porque les asusta el sonido de un fuerte golpe procedente del almacén, van a ver qué ocurre y si está bien el señor, pero entonces Olivia se comienza a marear y se apoya en una estantería de al lado, mira a Eric y ve que él está igual, ninguno es capaz de hablar, se miran a los ojos y pocos segundos después los dos se desploman en el suelo.

CAPÍTULO 3

Todos los seres humanos se han desmayado y se encuentran inconscientes en una especie de trance cuando comienzan a visualizar algo parecido a una figura humana, como si se encontraran sumergidos en un sueño, pero con la extraña sensación de que no es un sueño y de que es real. En un principio, todos perciben la imagen de una figura muy borrosa y con mucha luz, dificultando que puedan diferenciar lo que están viendo, hasta que poco a poco comienzan a percibirlo mejor y ven a lo que parece ser una persona sumergida en la nada, todo a su alrededor es blanco y se encuentra flotando en ese espacio. Aunque se nota que no se trata de un ser humano, puede que sea porque se encuentra flotando, por como reluce su piel o por lo que transmite.

Cada persona, dependiendo de su lugar de origen y de su cultura, lo percibe con una apariencia diferente. Olivia, Ainhoa y Eric lo ven de una forma muy similar, como un chico joven poco mayor que ellos, de pelo negro y estatura media, vestido con ropa corriente de su país, con unos vaqueros largos, una camiseta blanca sencilla y unas deportivas corrientes, mientras que en otros lugares del mundo lo ven con ropa y aspectos diferentes. De igual forma que ocurre con el idioma, ya que cada uno lo escucha en su lengua materna, aunque todos ellos ven que tiene los ojos de color morado. Minutos después del desmayo, aquel ser comienza a hablar transmitiendo el mismo mensaje a todos los humanos.

»Hola, sé que todos vosotros estaréis confusos, puede que algunos de vosotros tengáis miedo, otros estaréis inquietos crean-

do vuestras propias teorías, pero supongo que todos vosotros querréis saber quién soy o más bien qué soy y por qué estoy en vuestra cabeza, así que lo mejor será ir por partes y creo que lo primero que debo hacer es explicaros qué soy, ya que el quién soy resulta irrelevante. Bien, pues he de deciros que soy un *afron*, los *afrons* somos seres procedentes de otra dimensión, aunque lo cierto es que no pertenecemos a ninguna dimensión concreta, ya que nos podemos mover por todas ellas y observar lo que ocurre en todas ellas, de igual forma que nos podemos transportar a cualquier parte que queramos, de forma invisible o de una forma concreta, dependiendo de la forma que queramos tomar. De esta forma llevamos mucho tiempo observando la Tierra y a sus habitantes, ya sea de una forma invisible sin ser vistos o conviviendo con vosotros en forma de humanos o de otras formas de vida. Hay algunos de los míos que tan solo pasan de forma transitoria por curiosidad de ver la Tierra y experimentar de primera mano cómo es vivir en ella, hay otros que se llegan a convertir en todas las formas de vida existentes en la Tierra, aprendiendo así de cada una de ellas, y hay otros en cambio que, una vez que toman una forma de vida, la humana, por ejemplo, y establecen lazos, ya les resulta muy difícil marcharse y deciden quedarse y vivir en ese lugar todo lo que duraría una vida humana, mientras van cambiando su cuerpo físico, envejeciéndolo con el paso del tiempo para no llamar la atención. La razón principal por la que ocurre a veces esto es por la creación de vínculos con las personas con las que se relacionan, ya sean de amistad o de amor, aunque estas últimas suelen ser complicadas. También en algunos casos se quedan porque se enamoran de su propia vida en la Tierra, porque desarrollan alguna pasión y se sumergen por completo en ella, por ejemplo, algunos de los que han sido a lo largo de vuestra historia grandes músicos, pintores o escritores eran *afrons*, aunque como estas hay un gran número de pasiones, ya que las hay en todas sus formas, pero bueno, eso es otro largo tema del que hablar que no nos procede ahora.

»Supongo que ha llegado la hora de ir al grano y de explicaros por qué os cuento esto y por qué me he manifestado ante vosotros, bueno, antes de ello, tengo que puntualizar que si soy yo el que está transmitiéndooos este mensaje es porque soy uno de los afrons que más tiempo ha pasado entre vosotros, los seres humanos, he vivido en todos los países existentes actualmente de la Tierra y, por lo tanto, he cohabitado con todas las culturas, por lo que decidimos que lo mejor sería que fuera yo, ya que sabría cuál es la mejor forma de hablaros y no porque sea ninguna clase de jefe o de líder, ya que entre nosotros nadie manda más que nadie.

»Aunque sí tenemos una serie de reglas, como son la de no interferir en gran medida en vuestra vida, no revelaros lo que somos y no interferir en el curso de la vida respecto a su ciclo de vida y muerte, así como no tratar de cambiar el destino de las personas. Y hoy, por primera vez en nuestra historia, vamos a romper todas esas reglas proponiéndooos algo que estará en vuestras manos aceptarlo o no.

»Aquellos que tengáis entre 18 y 30 años, que queráis y que os ofrezcáis voluntarios, seréis transportados a un planeta de otra dimensión idéntico a la Tierra, aunque este se encuentra deshabitado de humanos; en cuanto al resto de seres vivos, se difiere un poco a los existentes de la Tierra, aunque sí que en su mayoría son muy similares. Una vez transportados allí, tendréis que ir llegando a los diferentes portales que os transportarán a las pruebas que tendréis que ir superando. Como premio, aquellos que logréis completar con éxito todas las pruebas podréis salvar a un ser querido vuestro fallecido trayéndolo así de nuevo a la vida, pero he de advertiros que las pruebas no serán sencillas, os destruirán tanto física como mentalmente. La mayoría de vosotros moriréis, aquellos que no mueran en las pruebas lo harán por el camino o no lograrán ser lo suficientemente fuertes para continuar y terminarán poniendo fin a su vida, porque además tengo que concretar que, una vez que aceptas ir allí, la única forma de salir es superando las pruebas o muriendo, nadie se puede rendir, además, si alguien no logra superar alguna prueba, también morirá. Así que aquellos que decidáis

aceptar tenéis que estar muy seguros, tenéis que tener claro que no va a ser un camino de rosas y tenéis que valorar si realmente merece la pena pasar por todo ello, arriesgando vuestra vida por aquel a quien queréis salvar.

»Todo esto y el porqué de ello tienen su razón, pero no será revelada hasta el final del desafío para no interferir en las pruebas ni en vuestra decisión. Os deseo muchísima suerte a todos aquellos que decidáis presentaros. Ahora cuando os despertéis, tendréis cinco minutos para pensároslo y decidir qué hacéis; antes de que pase ese tiempo, tendréis que gritar que aceptáis, si ese es el caso, y seréis transportados, si en cambio pasa ese tiempo y no decís nada, daremos por hecho que no os queréis presentar, ya que, como he dicho, desde el principio es una decisión totalmente libre. De nuevo, mucha suerte a todos.

Ainhoa

Al despertarse se encuentra confusa, la cabeza le da vueltas y no sabe ni dónde está ni qué ha pasado. Poco a poco comienza a aclararse, primero se acuerda de que se encuentra en el cuarto de su mejor amiga y después recuerda de golpe todo lo dicho por aquel ser, piensa en todo lo que dijo, en lo extraño que fue todo, le cuesta un poco asumir esta nueva realidad, pero hay una frase que no para de circular por su cabeza: «Como premio, aquellos que logréis completar con éxito todas las pruebas podréis salvar a un ser querido vuestro fallecido trayéndolo así de nuevo a la vida». Entonces comienza a procesar lo que esas palabras significan, se queda paralizada mientras le comienzan a brotar lágrimas por los ojos y se pone a gritar.

—¡Puedo salvarle, puedo hacer que vuelva! —grita Ainhoa una y otra vez llorando de rodillas en el suelo; entonces escucha la voz de su amiga de lejos y sus pasos corriendo.

—¡Ainhoa, no lo hagas, es muy arriesgado, puedes morir, por favor, Ainhoa, no lo hagas! —le grita su amiga de lejos

mientras corre y al mismo tiempo escucha como suena su teléfono móvil.

Seguramente son sus padres y se pregunta si la llamarán para pedirle que lo haga o que no, pero le da igual porque ya tiene clara su decisión, hará lo que haga falta para salvarlo y lo traerá de vuelta, todo lo demás le da igual, le da igual por lo que tenga que pasar, le da igual sufrir, le da igual que la lleven al mismísimo infierno o que tenga que arriesgar su vida porque es capaz de eso y de muchísimo más por él, por volver a escuchar su risa, por volver a sentir sus abrazos, por ver cómo llega a su cuarto poniéndole ese carita tan adorable pidiéndole que juegue con él, nunca ha sido capaz de resistirse a esa carita. Por ver la cara de ilusión que pone ante las cosas más simples y por infinitas cosas más en las que no ha parado de pensar desde que se fue. Desde que nació, ella siempre le había cuidado de todo y había procurado que estuviera bien, aunque lo cierto es que, cuando se enteró de que su madre estaba embarazada, le entró mucho miedo, siempre había sido hija única y le dio miedo que la dejaran de querer. Pero lo que no sabía es que aquella cosita tan pequeña se convertiría en lo más grande de su vida, que a veces se pelearían, pero que serían inseparables, que al final sería él el que la salvaría a ella porque es imposible estar mal cuando te abraza y te dice «Todo va a ir bien, tata» y que al final ella misma sería la que más le querría desde el mismo instante en el que le trajeran a casa y le cogiera el dedo con esa manita tan pequeñita. Ni tampoco sabía que cuando se fuera con tan solo ocho añitos sería el peor momento para ella, que sentiría como el corazón desaparece de ella misma. En ese momento, ella ya vivió en el infierno, así que le da igual lo que se vaya a encontrar, hará lo que haga falta para salvarlo, lo hará por él, por su familia, que al igual que ella perdieron el corazón en ese instante, y lo hará por ella, porque sería incapaz de seguir viviendo sabiendo que podría haber salvado a su chiquitín.

—¡ACEPTO! —grita con fuerza Ainhoa justo en el momento en el que llegaba su amiga, le habría gustado poder decirle algo,

poder haberle dicho lo mucho que la quiere y lo mucho que le agradece todo lo que había hecho por ella, le habría gustado decirle tantas cosas por si acaso no volvía a verla y también decirle que les dijera tantas cosas a sus padres, pero no había tiempo para ello y no quería arriesgarse a que se le pasaran los cinco minutos.

Comienza a desvanecerse mientras su amiga grita su nombre y el móvil no deja de sonar.

Eric

Cuando Eric se despierta, mira a su alrededor; primero ve a Olivia, la cual se encuentra mirándolo a él también con cara estupefacta, y después el almacén donde se encuentra Juan, preguntándose si estará bien.

Tras eso se detiene a pensar qué hacer, aunque tiene claro a quién salvaría si se presentara, a su abuelo.

Su abuelo fue la persona que le crio prácticamente desde recién nacido cuando sus padres le abandonaron. Lo cierto es que no podría haber vivido una infancia mejor y todo se lo debía a él. La mayor parte de sus recuerdos con él son en el patio de su casa; su abuelo le hizo un columpio de madera enganchado a unos hierros que había allí, además le hizo una casita sobre un árbol y jugaron tantas veces allí juntos, a pasarse la pelota, al fútbol... A los hijos de los vecinos les encantaba ir allí porque decían que era como un parquecito y de hecho era el único, ya que aquel pequeño pueblecito no tenía ningún parque. Su abuelo jugaba con todos ellos como si fuera uno más, cualquiera que le viera diría que tenía el alma de un niño y es que así era, viéndole, te dabas cuenta de que la edad no reside en el físico, sino en el alma de cada persona y en la actitud que tomes hacia la vida, aprendió tantísimas cosas de él y le quería tanto.

Pero entonces contrajo aquella enfermedad, a día de hoy no recuerda muy bien de qué enfermedad se trataba, puede que cáncer,

aunque su abuelo jamás le hablaba de ello para que no se preocupara, pero al final hay cosas que no se pueden disimular, como que no fuera capaz de levantarse de la cama, las constantes visitas al hospital, los mareos, los vómitos... Al principio su abuelo trataba de aparentar que no pasaba nada y seguía jugando con él, pero cada vez aguantaba menos o tenía que parar en mitad del juego por un mareo, hasta que llegó el día en el que ya dejó de jugar con él y Eric cada vez tenía que hacerse cargo de más cosas por sí solo mientras cuidaba muerto de miedo a su abuelo, tenía tanto miedo de perderlo. Su abuelo cada vez tenía menos fuerzas, pero lo que jamás perdió fue la sonrisa, ya podía sentirse fatal, estar tirado en la cama sin poder mover ni un músculo, que él jamás perdió su sonrisa ni ese brillo especial en los ojos, símbolo de que no se daba por vencido. Un día, cuando Eric estaba en el colegio, fueron a buscarle en mitad de la clase diciendo que su abuelo estaba muy malito y que habían tenido que llevarlo al hospital; cuando preguntó si podía verle, le dijeron que no podía porque estaba inconsciente, que él ya no podía hacerse cargo de él en el estado en el que se encontraba y que se lo llevarían a un sitio muy bonito con otros niños en la misma situación como él, el orfanato. Cuando le dijeron eso, Eric se puso a gritar y a llorar suplicando que le llevaran con su abuelo, tuvieron que llevarle de allí por la fuerza al coche para llevarlo al orfanato. Estando allí, trató de escaparse varias veces hasta que le llamaron un día al despacho del director. Su abuelo había muerto en ese hospital y jamás había podido despedirse de él.

Sin duda, si alguien se merecía una segunda oportunidad para vivir, ese era él, ya que jamás ha existido alguien tan puro y con tantas ganas de vivir como él. Aunque sin duda, si se enterara de que se lo estaba aunque siquiera planteando, le regañaría y le diría que no lo hiciera, que no arriesgara su vida por un viejo como él, que él ya había vivido su larga vida y que ahora le tocaba a él vivir la suya.

Olivia

¿Rescatar a un ser querido suyo fallecido? Solo a uno, ¿y a quién rescataría?

Fue la primera pregunta que se hizo Olivia al despertar, sus padres habían fallecido cuando ella era muy pequeña y a penas se acordaba de ellos, aunque se había pasado toda su vida preguntándose cómo eran, si se parecían a ella, cómo eran físicamente. No sabía nada de ellos ni de su historia, se había hecho tantas preguntas a lo largo de su vida y creado mil historias sobre ello. Le encantaba imaginarse historias sobre de dónde procedían, a qué se dedicaban, cómo se conocieron y se enamoraron. Y sobre todo se hacía mil preguntas sobre qué les había pasado, durante mucho tiempo se había preguntado si sus padres habían muerto o si simplemente la habían abandonado por no poder hacerse cargo de ella o por algún motivo parecido, ella fantaseaba con ello, era una niña que fantaseaba con que sus padres la hubieran abandonado, ya que así al menos significaría que seguían vivos y tendría la esperanza de poder verlos algún día.

Vivió con esa idea muchos años, hasta que un día por la noche decidió armarse de valor y descubrir de una vez por todas la verdad, se coló en el despacho del director y rebuscó entre todos los expedientes hasta que encontró el suyo, lo abrió con miedo y lo que vio confirmaba el peor de sus temores, sus padres habían fallecido y ningún familiar más podía hacerse cargo de ella. Eso era todo lo que había podido descubrir, ya que no ponía de qué fallecieron, ni había fotos suyas, ni ningún dato relevante, por lo que sus conocimientos respecto a ellos seguían en blanco, salvo por un nuevo dato, ahora sabía que estaban muertos.

Pero ahora se le presentaba la oportunidad de su vida, aquello con lo que tanto había fantaseado, podría salvar a uno de ellos,

podría conocerle, podría tener una familia y al fin podría dar respuesta a todas las preguntas que le habían martilleado la cabeza durante toda su vida.

Mira a Eric y se pregunta qué hará él, pero al mirarle a los ojos, lee en ellos que ha tomado una decisión, al igual que por la forma de mirarla sabe que él ha leído lo mismo en los suyos y que ninguno de los dos puede hacer nada ni decir nada para convencer al otro de que no lo haga, de forma que se cogen de la mano y mirándose a los ojos con decisión gritan los dos a la vez: «¡ACEPTO!», comenzando así a desvanecerse los dos juntos.

